

# “EL DILUVIO

(CONTINUA)

Por JUAN ANTONIO

## Canto VI

Patria de los estados turbulentos,  
tú estás enmudeciendo con nosotros.  
¿Qué vigila la paz debilitada?  
¿Quién le quita la venda de los ojos?  
El fuego a la verdad ha conquistado  
entre inocentes, pérfidos y locos.  
Hacer cambiar las cosas empezadas  
en un juego final, en cada rostro.  
Cada juez tiene un punto de partida  
debajo de los pies de cada monstruo.  
Quien haya de juzgar tanta ignorancia  
no se puede ocultar de ser más hondo.  
Yo estoy perdido aquí en esta sima,  
crucigrama de abismos que me impongo.  
Y quisiera salir más adelante,  
hacia los altos campos de mis ojos.  
Sujetadme las manos a la espalda  
para que el pecho avance de algún modo.  
Tengo entendido que me andáis buscando  
porque sentís el peso de estar solos.  
Hombres de voz en voz, tengo en mis pasos  
el peso de otros pies sobre mis hombros.  
Parad en vuestras vidas un instante  
y huid de vuestras manos poco a poco.  
Tenemos que limpiar todo el camino  
y reparar el tiempo que se ha roto.  
La tristeza está viva todavía  
y marcha con el alma en que me asomo.  
Os la puedo enseñar, hombre por hombre,  
paseando con él como un estorbo.  
Tal vez podáis sentir en las orillas  
las aguas imposibles que desborde.  
De todos los arroyos, de las fuentes,  
hay una extraña sed sobre nosotros.  
La caricia del cielo no se estima  
porque se hace pequeña desde el fondo.  
El amor a la vida se ha olvidado  
y el ignorar la muerte cuesta poco.  
Subid un paso más a la deriva  
hacia esa juventud que no conozco.  
Antes de terminar con nuestro tiempo  
soportemos el peso de su escombros.  
Pasemos nuestro puño sabiamente  
para quitarle al cuerpo todo el polvo...  
Y que en cada resquicio esté luciendo  
la maravilla eterna de ser otro.

## Canto VII

Algún que es Dios está sin inmutarse  
nuestro pequeño juego contemplando.  
Y nos parece cierto estarle viendo  
por nuestras violencias enojado.  
¿Qué poquito es ser hombre en este mundo  
desde que Dios amontonó este barro!  
Desde tanta piedad como hay dormida  
cuánto dolor de eternidad alcanzo.  
Cada día es un sol de muchas luces  
amamantando noches como campos.  
El ganado está solo en un balido  
con la cabeza baja sobre el pasto.  
Hay un punto de apoyo que se sueña

entre el verde dormido de los prados.  
Una quimera más, un paraíso,  
un gran amanecer que va de paso.  
Nosotros lo tenemos en el alma,  
lo traemos al pecho y lo palpamos.  
Se nos acerca íntimo y fecundo,  
tan grande como el hueco del espacio.  
Y lo hacemos pequeño en el lenguaje,  
y se deja beber hasta apurarlo.  
Es como una oración que no se oye,  
que los mismos oídos olvidaron.  
Hoy quisiera apretar todo el estruendo  
con la fuerza de carne de mis manos.  
Quién pudiera llegar hasta el Principio,  
y decirle a Jehová: ¡Me sobra el barro!  
Pasar por la serpiente a la costilla  
más allá de la idea y del milagro.  
Hacer un retroceso impunemente  
con toda la conciencia, descreando.  
Ya sabemos que el tiempo va delante,  
y que vemos a Dios como a un extraño.  
Pero el tiempo es así cuando lo vemos  
descomponerse en Dios grado por grado.  
Venga todo el camino de la tierra  
hasta el sepulcro íntimo del átomo.  
Retrocede, Señor, nuestras ideas,  
que descendan a Tí desde tus clavos.  
Yo quisiera pasar unos instantes  
al diálogo del Hombre, como un bálsamo.  
Y llevarle en mis manos ese sueño  
que me deja gozar de lo creado.  
Que la verdad no tenga más que un nombre,  
algo que no podamos inventarlo.

## Canto VIII

¿Quién pudiera escuchar en un suspiro  
la idea y el sentir que nos absorben,  
y después de vivir así de hondo  
morir como se muere en una noche!  
Tengo un poco de sueño, una modorra,  
suelta sobre la faz de las naciones.  
La democracia activa está esperando  
dictaduras de Dios para las hoces.  
La Casablanca, el Kremlin, los Consejos  
de naciones unidas en el Hombre,  
no pueden escuchar una palabra  
tan clara como el sol que nos acoge.  
Esta puede brotar de muchos labios  
si llamamos al pecho y nos responde.  
El ruso, el japonés, el yanqui, el indio,  
se asoman demasiado a los balcones.  
Tiran palabras a la calle. Muchas  
en idiomas que apenas si conocen.  
Y es extraño que estemos esperando  
el nudo que en silencio nos ahogue.  
La precisión del polvo en nuestra carne  
nos hace meditar siempre de noche.  
Podemos empezar en pleno día  
a hacer resurrección con nuestros nombres.  
Estrujemos la luz con nuestras manos,  
que es un vivo placer que no se rompe.  
A la frente de Dios vuelan los himnos  
como penas de vientos multiformes,  
esperando la tierra a grandes llantos  
un porvenir de mieses y de flores.